

LA ALMOHADA MARAVILLOSA



Hace muchísimos años un anciano muy sabio paseaba por un sendero. Iba cargado con un saco y de tanto andar, necesitó reponer fuerzas. Descubrió una arboleda donde daba la sombra y decidió hacer un alto en el camino; puso una esterilla a sus pies, se sentó en ella para estar más cómodo. Casualmente pasó por allí un joven, al que el anciano le hizo un gesto con la mano derecha para que se sentase a su lado.

El chico aceptó la invitación y los dos se pusieron a charlar. El joven, de forma inesperada, le confesó que se sentía muy desdichado porque su ropa era vieja y que a pesar de que trabajaba quince horas diarias sólo podía comer pan, sopa y con suerte, carne un par de veces al mes ¡Su sueño era convertirse en un hombre rico para disfrutar de las cosas buenas de la vida!

Nada más pronunciar estas palabras, el joven, como por arte de magia, se quedó profundamente dormido. El anciano, sin hacer ruido, sacó una almohada mágica

de su saco y se la colocó bajo la cabeza para que se hicieran realidad todos sus deseos. El chico, apoyado sobre ella, comenzó a tener un sueño maravilloso, en donde se veía el propietario de una elegante casa con un montón de sirvientes, estaba con ropa elegante. ¡Tenía la vida maravillosa que siempre había querido!

El sueño fue muy largo y lo vivió como si fuera absolutamente real. Tan largo fue que hasta pasó el tiempo y conoció a una mujer bellísima de la que se enamoró, se casó y tuvo hijos. Pero alguien en el sueño lo traiciona y lo acusa de algo que no había hecho ¡y lo condenó a vivir en la miseria!

El pánico le invadió y dio un grito de terror que le despertó. Desconcertado, abrió los ojos y vio que a su lado estaba el anciano acariciándole la frente para que se calmara ¡El sueño maravilloso se había convertido en una horrible pesadilla!

El chico se levantó, se sacudió el polvo de los pantalones, y dijo sin dudar:

– ¡Pues ya no quiero ser un hombre importante! Prefiero seguir con mi vida sencilla y tranquila donde no hay gente envidiosa ni falsos amigos. Pensándolo bien, tampoco me va tan mal. A partir de ahora disfrutaré de lo que tengo y apreciaré que la felicidad no siempre está en tenerlo todo, sino en apreciar las pequeñas cosas que nos rodean.

